

de 1793, viendo entrar á mi tío de luto riguroso, temblé, porque creía que habíamos perdido á alguno de la familia; me dió la noticia de la muerte de Luis XVI. No me extrañó: yo la había previsto. Pedí noticia de mis parientes: mis hermanos y mi mujer habían vuelto á Bretaña, despues de los asesinatos cometidos allí; habían sentido mucho salir de París. Mi hermano, de vuelta en Francia, se había retirado á Malesherbes.

Yo comenzaba á levantarme; la viruela había pasado, pero sufría del vientre y me había quedado una debilidad que me duró mucho tiempo.

Jersey, la *Cesárea* del itinerario de Antonino, ha quedado sujeta á la corona de Inglaterra desde la muerte de Roberto, duque de Normandía; hemos querido recobrarla muchas veces, pero siempre sin éxito. Esta isla es un resto de nuestra primitiva historia; los santos que venían de Hibernia y de Albion á la Bretaña-Armórica, descansaban en Jersey.

San Hilario, ermitaño, habitaba en las rocas de Cesárea: los vándalos lo asesinaron.

Se encuentra en Jersey rastro de los viejos normandos; parece que se oye hablar á Guillermo el Bastardo ó al autor del romance de Rou.

La isla es fecunda; tiene dos ciudades y doce parroquias; está cubierta de casas de campo y de rebaños. El viento del Océano, que parece desmentir su rudeza, da á Jersey miel exquisita, leche de una dulzura extraordinaria, y manteca de un amarillo subido, que huele á violetas. Bernardin de Saint-Pierre presume que el manzano nos viene de Jersey: se equivoca; la pera y la manzana han venido de Grecia; el albrerchigo de Persia; el limon de la Medea; la ciruela de Siria; la cereza de Cesaronte, la castaña de Castana; el membrillo de Cidon, y la granada de Chipre.

Tuve un gran placer en salir los primeros dias de mayo. La primavera conserva en Jersey toda su juventud; aun podría llamarse *primula* como en otro tiempo; nombre que ha envejecido y ha dejado á su hija la primera flor con que se engalana.

Aquí os transcribiré dos páginas de la vida del duque de Berry; siempre es como contaros la mia:

«Despues de veinte y dos años de combate, se rompió la barrera de bronce que encerraba á la Francia; la hora de la restauracion se acercaba; nuestros príncipes abandonaron su retiro. Cada uno se dirigió á diferentes puntos de la frontera, como esos viajeros que intentan, á costa de su vida, penetrar en un país, del que se cuentan maravillas. El hermano mayor del rey partió para Suiza; el duque de Angulema fué á España, y su hermano á Jersey. En esta isla, donde algunos jueces de Carlos I murieron ignorados de la tierra, halló el señor duque de Berri realistas franceses, euvejecidos en el destierro, y olvidados por sus virtudes, como en otro tiempo los regicidas ingleses por su crimen. Encontró ancianos sacerdotes, consagrados á la soledad; él realizó con ellos la ficcion del poeta que hace abordar un Borbon á la isla de Jersey despues de una borrasca. Tal confesor y mártir podía decir al heredero de Enrique IV, como el ermitaño de Jersey á este gran rey:

Loin de la cour alors, dans cette grotte obscure,
de ma religion je viens pleurer l'injure.

HENRIADE.

«El duque de Berri pasó algunos meses en Jersey: el mar, los vientos, la política, lo encadenaron allí. Todo se oponía á su impaciencia; estuvo á punto de renunciar á su empresa, y de embarcarse para Burdeos. Una carta suya, á la señora mariscal de Moreau, nos describe vivamente sus ocupaciones sobre su roca:

8 de febrero de 1814.

«Héme aquí como Tántalo, enfrente de esta desgraciada Francia, que halla tantos obstáculos para romper sus cadenas. Vos, que teneis el alma tan bella, tan francesa, juzgad lo que sufro, ¡cuánto me cesará alejarme de estas playas que podría abordar en dos horas! Cuando el sol las ilumina, subo á la cumbre de estas rocas, y con el antejo en la mano miro toda la costa, y veo los peñascos de Coutances. Mi imaginacion se exalta; me contemplo saltando á tierra, rodeado de franceses, con escarapelas blancas en los sombreros; oigo el grito de ¡viva el rey! este grito que no ha oido nunca un francés con sangre fria; la mujer mas hermosa de la provincia me cine una banda blanca, porque el amor y la gloria van siempre juntos. Marchamos á Cherburgo; algun villano fuerte, con guarnicion de extranjeros, quiere defenderse; lo tomamos por asalto, y parte un buque para ir á buscar al rey, con el pabellon blanco, que recuerda los dias gloriosos y felices de la Francia. ¡Ha, señora! Cuando se está á pocos pasos de un sueño tan probable, ¿se puede pensar en alejarse?»

Tres años hace que yo escribia estas páginas en París: había precedido veinte y dos años al duque de Berri en Jersey, ciudad de desterrados; yo debía dejar allí mi nombre, porque Armand de Chateaubriand se casó allí, y en ella nació su hijo Federico.

No había abandonado la alegría á la familia de mi tío de Bedée; mi tia acariciaba siempre un perro que descendía de aquel cuyas virtudes he referido; como mordía á todo el mundo, mis primas lo hicieron matar secretamente, á pesar de su nobleza. La señora de Bedée se persuadió de que había sido robado por oficiales ingleses, encantados de la belleza de Azor, y que vivía colmado de honores y comidas en el mas hermoso palacio de los tres reinos. ¡Ay! Nuestra alegría presente no se componía mas que de nuestra alegría pasada. Recordando las escenas de Montchoix, hallábamos medios de reirnos en Jersey. La cosa es bastante rara, porque en el corazón humano no guardan los placeres entre sí la relacion que las penas; los nuevos regocijos no vuelven la primavera á los antiguos; pero los dolores recientes hacen reverdecer los pasados.

Por lo demás, los emigrados excitaban entonces la simpatía general; nuestra causa parecía la causa del orden europeo: interesa una desgracia honrosa, y la nuestra lo era.

El señor de Bouillon protegía en Jersey á los emigrados franceses; él me disuadió de pasar á Bretaña; imposibilitado como me hallaba de soportar una vida de fortalezas y de montañas, me aconsejó que me dirigiera á Inglaterra, y que buscara allí ocasion de hacer un servicio regular. Mi tío, escaso de metálico, empezaba á sentir el peso de su numerosa familia; se había visto obligado á enviar á Londres á su hijo á que se mantuviera de miseria y esperanzas. Temiendo ser gravoso á mi tío, traté de desembarazarlo de mi persona.

Treinta luses que me trajo un buque contrabandista de Saint-Malo me pusieron en estado de ejecutar mi proyecto, y pagué mi flete en el paquebot de Southampton. Al despedirme de mi tío me enterneí profundamente; acababa de cuidarme con el afecto de un padre: á él debía los pocos instantes felices de mi infancia; conocía cuánto le amaba yo; hallé en su fisonomía alguna semejanza con la de mi madre. Yo había abandonado á esta madre excelente, que no vería mas; había abandonado á mi hermana Julia y á mi hermano, y estaba condenado á no volverlos á encontrar; dejaba á mi tío, y su marchita fisonomía no debía alegrar otra vez mis ojos. Algunos meses habían bastado para todas estas pérdidas, porque la muerte de nuestros

amigos no se cuenta desde el momento en que mueren, sino desde aquel en que dejamos de vivir con ellos.

Si se pudiera decir al tiempo: «¡alto!» lo detendríamos en las horas de delicias; pero como no se puede, no vivimos aquí bajo; vámonos, pues, antes de haber visto desaparecer á nuestros amigos y estos años que el poeta hallaba solo dignos de la vida, *vita dignior etas*. Lo que encanta en la edad de las relaciones se convierte en la edad del desamparo en objeto de sufrimiento y pesar. No se desea ya la vuelta de la primavera; antes se la teme; los pájaros, las flores, una hermosa tarde á fines de abril, una hermosa noche que comienza con el primer ruiseñor, que acaba la mañana con la primera golondrina, estas cosas, que despiertan la necesidad y el deseo del bien, nos matan. Todavía sentís tales encantos, pero ya no son para vosotros; la juventud que los disfruta á vuestro lado, y que os mira desdeñosamente, os da zelos, y os hace comprender mejor la profundidad de vuestro abandono. La frescura y la gracia de la naturaleza, recordándoos vuestra felicidad pasada, aumentan el peso de vuestras miserias. Ya no sois mas que un lunar de esta naturaleza; descomponéis su armonía y suavidad con vuestra presencia, con vuestras palabras, y aun con los sentimientos que intentarais expresar. Podéis amar, pero no ser amados. La fuente de la primavera ha renovado sus aguas sin volveros vuestra juventud, y la vista de todo lo que renace, de todo lo que es feliz, os reduce á la dolorosa memoria de vuestros placeres.

El paquebot en que me embarqué estaba lleno de familias emigradas. Allí conocí á Mr. Hingant, antiguo colega de mi hermano en el parlamento de Bretaña, hombre de talento y de gusto, de quien hablaré bastante. Un oficial de marina jugaba el ajedrez en la cámara del capitán; no reconoció mi cara ¡tan cambiada estaba! pero yo reconocí á Gesril. No nos habíamos visto desde Bretaña; debíamos separarnos en Southampton. Le conté mis viajes, y él me contó los suyos. Este jóven, nacido á mi lado, entre las olas, abrazó por la última vez á su primer amigo en medio de estas aguas que iba á tomar por testigos de su gloriosa muerte. Lamba Doria, almirante de los genoveses, habiendo batido el flota veneciana, sabe que su hijo ha sido muerto: «*Que se le arroje al mar*, dice este padre, á imitacion de los romanos; como si hubiera dicho: *Que se le arroje á su victoria*. Gesril no salió voluntariamente de las olas en que se había precipitado, mas que para probarles mejor su victoria en sus playas.

Ya he dado al principio del sexto libro de estas *Memorias* el certificado de mi desembarco de Jersey en Southampton. Hé aquí que, despues de mis correrías por los bosques de América y los campos de Alemania, llegó en 1793, pobre emigrado, á esta tierra, donde escribo todo esto en 1822, y donde soy ahora magnífico embajador.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

LITERARY FUND.—DES VAN DE HOLBORN.—DECAIMIENTO DE MI SALUD.—VISITA Á LOS MÉDICOS.—EMIGRADOS EN LONDRES.

Se ha formado en Londres una asociacion para socorrer á los literatos necesitados, tanto ingleses como extranjeros; convidado á la reunion anual de esta sociedad, consideré como un deber asistir á ella y satisfacer mi cuota. S. A. R. el duque de York ocupaba el sillón de la presidencia; á su derecha estaban el duque de Sommerset y los lores Torrington y Boltón; invitado por el príncipe, me coloqué yo á su izquierda. Allí encontré á mi amigo Mr. Canning. El ilustre poeta, orador y ministro, pronunció un discurso, en el

cual hay algunas frases, sobrado honoríficas para mí que han repetido los periódicos: «Aunque la persona de mi noble amigo el embajador de Francia sea todavía poco conocida en este país, sus prendas y sus escritos lo son en toda Europa. Comenzó su carrera exponiendo los principios del cristianismo; la continuó defendiendo los de la monarquía, y ahora acaba de llegar á nuestra patria para enlazar á entrambos Estados con los vínculos comunes de los principios monárquicos y las virtudes cristianas.»

Muchos años há que Mr. Canning, siendo mero literato, se instruía en Londres con las lecciones de política de Mr. Pitt, y casi hace los mismos que empecé yo á escribir oscuramente en la propia capital de Inglaterra. Uno y otro hemos alcanzado alta fortuna, y ahora somos individuos de una sociedad consagrada al alivio de los escritores infelices. ¿Nos han reunido aquí las afinidades de nuestra grandeza, ó las relaciones establecidas por nuestros padecimientos? ¿Qué harían en el banquete de las musas desvalidas el gobernador de las Indias Orientales y el embajador de Francia? Jorge Canning y Francisco de Chateaubriand son los que toman asiento en él, en conmemoracion de su adversidad, y acaso tambien de sus pasadas venturas, y entrambos beben á la memoria de Homero, cuando cantaba por un pedazo de pan sus versos.

Si el *Literary fund* hubiese existido cuando llegué de Southampton á Londres, en 21 de mayo de 1793, quizás hubiera pagado la visita que hizo un médico al desvan de Holborn, donde me alojó mi primo La Bouetardais, hijo de mi tío de Bedée. Habíanse fundado grandes esperanzas en el cambio de aires, creyendo que bastaría para devolverme las fuerzas necesarias á la vida militar; pero mi salud desmejoró mas y mas en vez de restablecerse. Se me afectó el pecho, estaba pálido y delgado, tosía frecuentemente, respiraba con dificultad, y tenían trasudores y espustos de sangre. Mis amigos, que eran tan pobres como yo, me llevaban de médico en médico; despues que cada Hipócrates hacia aguardar una hora á aquella partida de portoseros, declaraba, á cambio de una guinea, que yo debía resignarme á mi enfermedad, añadiendo: «*Tis done, dear sir*: «esto es hecho, amigo.» El doctor Godwin, célebre por sus experimentos relativos á los ahogados, y aplicados por disposicion suya y con sus recetas á su propia persona, fue mas generoso; me otorgó de balde sus consejos, y dijo, con aquella dureza con que á sí mismo se trataba, que podría *tirar* algunos meses, y aun quizá un año ó dos, con tal de que renunciase á todo ejercicio molesto: «No conteis con andar mucho camino,» concluyó, como reasumiendo su consulta.

La certidumbre, así adquirida de mi próximo fin, aumentó la tristeza natural de mi imaginacion, pero prestó una increíble tranquilidad á mi espíritu. Por medio de esta disposicion interior se explican un trozo de la advertencia puesta á la cabeza del *Ensayo histórico*, y este otro párrafo del mismo *Ensayo*: «Atacado de una enfermedad que me deja pocas esperanzas, veo las cosas con ojos serenos; el aura pacífica de las tumbas se hace ya sentir del viajero que solo dista de la suya algunas jornadas.»—No extrañará, pues, nadie la amargura de las reflexiones contenidas en el *Ensayo*, obra compuesta cuando pesaba sobre mí una sentencia de muerte, entre el momento del fallo y el de la ejecucion. Un escritor que creía tocar á su fin en el desamparo de su destierro, no podía tender miradas risueñas sobre el mundo.

Pero ¿cómo había de mantenerme durante el tiempo de limosna que me quedaba? Fácil me hubiera sido vivir ó morir de una vez con mi espada; pero se me prohibía su uso; y ¿qué mas tenía? Una pluma, que ni era conocida, ni se había probado siquiera, ignorando yo aun cual fuese su fuerza. ¿Bastarian, para

cautivar la atención del público, la afición á las letras, innata en mí, las poesías de mi infancia y los precipitados apuntes de mis viajes? Ya me había ocurrido la idea de escribir una obra sobre las revoluciones comparadas, y meditaba sobre ella cual sobre un asunto mas adaptado á los intereses del día; pero ¿quién consentiría en encargarse de la impresión de un manuscrito falto de encomiadores, y quién me mantendría mientras compusiera este manuscrito? Solo me restaban algunos días que pasar en la tierra; mas era preciso algun recurso para sostenerlos, por cortos que fuesen. Mis treinta luises, harto mermados ya, no podían durar mucho, y amen de mis apuros personales, necesitaba atender á la miseria común de la emigración. Todos mis compañeros de Londres se ocupaban en algo; unos habían entrado en el comercio del carbon, otros hacían con sus mujeres sombreros de paja; y otros enseñaban la lengua francesa, que no sabían. Ninguno había perdido su buen humor; la frivolidad, que es un defecto de nuestra nación, se había trocado en virtud en aquellos hombres, que se reían en la propia cara de la fortuna, ladrona corrida de llevarse lo que nadie le reclamaba.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

PELLETIER. — OCUPACIONES LITERARIAS. — ME ACOMPAÑO CON HINGANT. — NUESTROS PASEOS. — UNA NOCHE EN LA IGLESIA DE WESTMINSTER.

Pelletier, el autor del *Domine salvum fac regem*, y redactor principal de las *Actas de los Apóstoles*, continuaba en Londres su empresa de París. No tenía precisamente vicios, pero le corroía una carcoma de defectos, de los cuales era imposible curarlo; libertino y desarreglado, ganaba mucho dinero y lo despilfarraba: servía á un tiempo como defensor de la legitimidad y como embajador del rey negro, Cristóbal, cerca de Jorge III; era corresponsal del señor conde de la *Limonada*, y se bebía en vino de Champagne el sueldo que le pagaban en azúcar. Este segundo Mr. Violet, que tocaba las grandes sinfonías de la revolución con un violín de faltriquera, me ofreció sus servicios á título de breton. Le hablé de mi plan del *Ensayo*, y lo aprobó de tal manera, que, exclamando: «¡Será magnífico!» me ofreció un aposento en casa de su impresor Baylie, y prometió que este pondría la obra en prensa según la fuese yo escribiendo. El librero Debofle debía correr con venderla, y Pelletier en persona con anunciarla á son de trompeta, en su periódico *El Ambigü*, interin pudiéramos introducirnos en el *Correo francés* de Londres, cuya redacción pasó poco después á manos de Mr. de Montlosier. Pelletier no desconfiaba de nada, y hasta quería obtener para mí la cruz de san Luis por el sitio de Thionville. En resumen, mi buen Gil Blas, persona alta, flaca y cariaca, con cabellos empolvados y frente calva, y hablador como él solo, se caló el sombrero sobre la oreja, me asió del brazo y me llevó á casa del impresor Baylie, donde alquiló sin ceremonia para mí un aposento que costaba una guinea mensual.

Hallábame, por fin, al frente de un dorado porvenir; pero, ¿en qué tabla podía atravesar lo presente? Pelletier me proporcionó algunas traducciones del latín y del inglés; á ellas dedicaba el día, y por la noche trabajaba en el *Ensayo histórico*, en el cual intercalé parte de mis viajes y de mis ensueños. Baylie me surtía de libros, y mas de una vez invertí disparatadamente mis chelines en comprar algun códice, de los que campeaban en sus anaqueles.

Hingant, á quien encontré en el paquete de Jersey, se había relacionado conmigo; también él cultivaba las letras; era instruido y escribía en secreto novelas, de las cuales solía leerme algunos trozos. Tomó una

habitación bastante próxima á la de Baylie, en cierta calle que salía á Holborn: todas las mañanas á las diez me rennía con él para almorzar y hablar de política, y sobre todo de mis trabajos. Luego que le contaba lo que había adelantado en el edificio nocturno del *Ensayo*, volvía á mi tarea diaria de las traducciones; después nos juntábamos nuevamente para comer en un mal café, al precio de un chelin por cabeza, y terminada la comida salíamos á dar una vuelta, ó se marchaba cada cual por su lado, porque uno y otro teníamos igual afición á pasearnos meditando á solas.

En estos últimos casos me dirigía yo á Kensington ó Westminster. Complacíame en el primero discurrendo por su parte desierta, en tanto que la inmediata á Hyde-Park se llenaba de una brillante muchedumbre; y el contraste de mi indigencia con aquella riqueza, de mi aislamiento con aquella multitud, era grato á mi mente. Siempre que veía pasar á lo lejos á las jóvenes inglesas, sentía la misma confusión y los mismos deseos que en otros tiempos me infundía mi sílfide, cuando después de ornarla con todas las ficciones de mi locura no me atrevía apenas á alzar los ojos hasta mi obra. La muerte, á que tan próximo me juzgaba, añadía un misterio mas á la visión de aquel mundo, del cual ya casi había yo salido... ¿Se fijó alguna mirada en el extranjero sentado al pie de los pinos? ¿Adivinó alguna mujer la invisible presencia de René...?

En Westminster eran otras mis ocupaciones; en medio de aquel laberinto de sepulcros, pensaba yo en el mio, que pronto debía abrirse. ¡El busto de un hombre tan desconocido como yo, no cabía al lado de aquellas ilustres efigies! Luego contemplaba las tumbas de los monarcas: ya no estaba allí Cromwell; Carlos II nunca había estado, y las cenizas del traidor Roberto Artois descansaban bajo las losas que yo oprimía con mis pasos leales. La suerte de Carlos I acababa de hacerse extensiva á Luis XVI; en Francia ejercía la segur diariamente su ministerio, y las fosas de mis parientes se hallaban ya abiertas.

De estas meditaciones me sacaban el canto de los maestros de capilla y los diálogos de los curiosos. Como no podía multiplicar mis visitas, porque tenía que dar á los guardas de los que ya no existían el chelin necesario á mi sustento, pasaba muchas tardes rondando en torno de la abadía, con las cornejas, ó contemplando sus campanarios, gemelos de tamaño desigual, que el sol poniente ensangrentaba con su fuego, bajo la negra cortina del humo de la ciudad.

Una vez que quise examinar á la luz del crepúsculo el interior de la basílica, me sucedió que, absorto en la admiración de aquella arquitectura llena de energía y de caprichos, se me pasó el tiempo; hizose noche interin vagaba yo lentamente, dominado por el sentimiento de la *sombria magnitud de las iglesias cristianas* (Montaigne), y se cerraron las puertas. Traté de buscar salida; llamé al *usher*, golpeé en las *gates*, pero todo aquel ruido se perdió, difundido y disuelto en el silencio, y tuve que resignarme á dormir con los difuntos.

Después de vacilar algun tiempo, pensando en el rincón que debería escoger, me paré junto al mausoleo de lord Chattam, al pie del púlpito y la galería alta de la capilla de los Caballeros y de Enrique VII. A la boca de aquellas escaleras y de aquellas alas cerradas con verjas de hierro, me ofreció su abrigo un sarcófago incrustado en la pared, frente á una Muerte de mármol armada con su segur. Los pliegues de una mortaja, de mármol también, me sirvieron de nicho; á ejemplo de Carlos V, íbame ya acostumbrando á mi entierro.

Allí ocupaba uno de los primeros asientos para ver el espectáculo del mundo tal cual es. ¡Cuántas grandezas amontonadas bajo aquellas bóvedas! Y hoy, ¿qué queda? No son menos vanas las aficciones que

las venturas; la infeliz Juana Grey en nada se diferencia de la dichosa Elisa de Salisbury, á excepción de que su esqueleto es menos horrible, porque le falta la cabeza, y la armazón de sus huesos se embellece con su suplicio y con la ausencia de lo que en otro tiempo constituía su hermosura. Ni los torneos del vencedor de Crecy, ni los juegos del Real del Paño de Oro de Enrique VIII, se repetirán en aquel teatro fúnebre. Bacon, Newton y Milton se hallan tan profundamente sepultados y tan yertos como sus mas oscuros contemporáneos. ¿Y por ventura consentiría un desterrado, un vagabundo, un pobre como yo en dejar de ser el ente mezquino, olvidado y doliente que era, á cambio de haber sido uno de aquellos muertos famosos, pujantes y hartos de deleites? ¡Oh! ¡La vida no se cifra en nada de esto! No nos asombremos si desde las playas del mundo no descubrimos distintamente las cosas divinas, porque el tiempo es un velo que se atraviesa entre la luz y nuestros ojos.

Acurrucado bajo mi sábana de mármol, no tardé en descender de tan elevados pensamientos á las sencillas impresiones del sitio y del momento. Aquella mezcla de inquietud y de placer que me agitaba, era análoga á la que sentía durante las noches de invierno en mi torreón de Combours, cuando oía bramar el viento; porque un viento y una sombra son cosas de igual naturaleza.

Poco á poco fuí acostumbrándome á la oscuridad, y pude divisar las figuras colocadas sobre los sepulcros. Contemplé entonces las caprichosas formas del regio panteon inglés, adonde parecía que bajaban, precedidos de góticos hachones, todos los acontecimientos pasados, todos los años que fueron, en tanto que el edificio entero podía compararse con un templo monótipo de los siglos petrificados.

Conté diez, once horas seguidas en el reloj, cuyo martillo, que se levantaba y volvía á caer sobre el bronce, era el único ser viviente que en aquellas regiones me acompañaba. En la parte exterior no sonaba otro ruido que el de algun carruaje, ó la voz del *watchman*: rumores lejanos de la tierra que de un mundo llegaban á otro mundo. Las nieblas del Támesis y el humo del carbon de piedra se infiltraron en la basílica y tendieron en ella nuevas tinieblas.

Por fin comenzó á despuntar el crepúsculo en un rincón donde las sombras eran mas ténues; aquella luz progresiva, cuyo desarrollo miraba yo fijamente, ¿procedía acaso de los dos hijos de Eduardo IV asesinados por su tío? «Los amables niños, dice el gran trágico, estaban acostados uno junto á otro, y se ceñían con sus brazos inocentes y blancos como el alabastro. Sus labios parecían cuatro purpúreas rosas, que, unidas en un solo tallo y ostentando el último esplendor de su hermosura, se besan amorosamente.» No me envié Dios aquellas almas tristes y hechiceras; pero sí el ligero fantasma de una mujer, apenas llegada á la edad de la adolescencia, la cual llevaba en la mano una vela encendida y resguardada del viento por un pliego de papel ahuecado: era la campanera. Oí el ruido de un beso, y una campana señaló la hora del alba. Grande fue el espanto de la niña cuando salió tras ella por la puerta del claustro: le conté mi aventura, y ella me dijo que había ido á tocar en vez de su padre, el cual estaba enfermo; del beso no hablamos una palabra.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

MISERIA. — SOCORRO IMPREVISTO. — ALOJAMIENTO JUNTO Á UN CEMENTERIO. — NUEVOS COMPAÑEROS DE INFORTUNIO. — NUESTRAS DIVERSIONES. — MI PRIMO LA BOUE-TARDAIS.

Entretuve á Hingant con mi aventura, y formamos el proyecto de encerrarnos en Westminster; pero

nuestra miseria nos llamaba á la mansión de las tumbas de una manera menos poética.

Mis fondos se iban agotando; Baylie y Debofle se habían arriesgado á comenzar la impresión del *Ensayo*, mediante una obligación de reintegrarlos en caso de que no hubiera venta; pero su generosidad no pasaba de aquí, y esto, en verdad, era tan natural, que hoy me asombra su atrevimiento. No se proporcionaban nuevas traducciones; Pelletier, hombre dado á divertirse, no podía aguantar ningun compromiso amistoso que se prolongara; de buen grado me hubiera regalado cuanto tenía si no hubiese preferido derrocharlo; pero le era imposible andar de un lado para otro buscándome trabajo, ni hacer una obra de caridad que requiriese paciencia. Hingant veía también disminuirse su tesoro, y entre los dos no teníamos ya mas que sesenta francos. Entonces acordamos la ración de víveres, como se practica en los buques cuando se alarga la travesía. En lugar de un chelin, no gastamos mas que medio para la comida, y para tomar el té por la mañana suprimimos la mitad del pan y toda la manteca. Tales abstinencias influyeron sobre los nervios de mi amigo; su imaginación andaba siempre errante: á lo mejor se quedaba parado como si aplicase el oído para escuchar algun rumor lejano, y luego, en vez de responderme, soltaba la risa ó se ponía á llorar. Hingant creía en el magnetismo y estaba medio loco en el galimatías de Swedemborg. Algunas mañanas me decía que durante la noche había sentido ruido en su cuarto, y cuando me oponía yo á estos desvarios se enojaba conmigo. La inquietud que su estado me causaba no me permitía atender á mis propios padecimientos.

Estos eran grandes, sin embargo: la dieta rigurosa y el trabajo me fatigaron el pecho, ya resentido; empezaba á costarme dificultad el andar, y á pesar de esto, tenía que pasar fuera el día y parte de la noche, para no dar á conocer mi miseria. Cuando llegamos al último chelin, convine con mi amigo en guardarlo para aparentar que almorzábamos. Determinamos comprar un panecillo de á dos cuartos, dejar que nos sirviesen como siempre el agua caliente y la tetera, y en vez de echar té en ella y comernos el pan, beber el agua sola con algunas migajas de azúcar que quedaban en el azucarero.

Cinco días pasaron así. La calentura me consumía, estaba abrasado, y huía de mí el sueño: para distraer el hambre chupaba pedazos de lienzo empapados en agua, y mascaba yerba y papel. Mis tormentos eran horribles cuando pasaba por delante de alguna tahona. En una cruda noche de invierno estuve dos horas pegado á los cristales de cierto almacén de fruta seca y de carnes fiambres, tragando por los ojos cuanto veía: hubiera sido capaz de devorar, no solo los comestibles, sino las cajas, los cestos y los canastillos.

El quinto día por la mañana me arrastré con gran desfallecimiento hasta la habitación de Hingant, cuya puerta estaba cerrada, llamé, y mi amigo tardó algun tiempo en responderme; pero al fin se levantó y abrió. Recibíome riéndose como fuera de sí; tenía la levita abrochada. «Ahora traerás el almuerzo,» me dijo con acento singular, sentándose junto á la mesilla del té. En esto creí notar algunas manchas de sangre en su camisa; me arrojé sobre él y le desabotoné la levita; se había abierto con un cortaplumas una herida de la profundidad de dos pulgadas, debajo de la tetilla izquierda. A mis gritos acudió una criada, y salió inmediatamente á buscar un cirujano. La herida era peligrosa.

Esta nueva desventura me precisó á tomar un partido. Hingant, que era consejero del parlamento de Bretaña, había reusado hasta entonces la pensión que el gobierno inglés tenía asignada á los magistrados franceses, y lo mismo me sucedía á mí con el chelin de socorro que se daba á todos los emigrados.

Escribí á Mr. Barentin revelándole la situación de mi amigo, y los parientes de Hingant fueron á verlo y se lo llevaron al campo. A tiempo que esto sucedía, me envié mi tío de Bedée cuarenta escudos, tierna obligación de mi perseguida familia, que me pareció un tesoro mayor que el de las minas del Perú: el óbolo de los encarcelados franceses sostenía al francés expatriado.

Con la miseria se habían retrasado mis trabajos; y como no continuaba el manuscrito, quedó suspendida la impresión. Privado de la compañía de Hingant, no quise conservar el aposento de casa de Baylie, que me costaba una guinea al mes: pagué los alquileres vencidos, y me marché. Amen de los emigrados indigentes, que al principio me patrocinaron en Londres, existían otros mas necesitados todavía. Entre los pobres hay sus grados, como entre los ricos, y se puede ir de escalon en escalon, desde el hombre que durante el invierno se abriga con su perro, hasta el que tiritaba de frío entre sus descosidos andrajos. Mis amigos me buscaron una habitación mas acomodada á mi menguada fortuna (que no siempre ha de estar uno en el cúmulo de la prosperidad), y me hicieron instalarme á las inmediaciones de Mary-Le-bon-Street, en cierto garret, cuya ventana caía á un cementerio: no había noche en que la carraca del *watchman* no me anunciase que iban á robar algún cadáver. Por fin tuve la satisfacción de saber que Hingant estaba fuera de peligro.

Algunos camaradas iban á visitarme á mi taller. Por nuestra independencia y pobreza se nos podía tomar por pintores en las ruinas de Roma; pero no éramos mas que artistas de la miseria en las ruinas de Francia. Mi rostro servía de modelo, y mi cama de asiento á mis discípulos: la tal cama consistía en un colchon y una manta; no había sábanas, y cuando apretaba el frío, tenía que abrigarme con mi casaca y una silla. Como mis pocas fuerzas no me dejaban mullir el colchon, me tendía sobre él, tal como Dios me lo deparaba.

Mi primo La-Bouetardais, á quien por insolvente echaron de su zahurda irlandesa, á pesar de que había empeñado hasta su violín, fué á buscar en mi casa un asilo contra el *constable*, y logró que cierto vicario bajo-breton le prestara un catre. Era La-Bouetardais como Hingant, consejero del parlamento de Bretaña, y no poseía un mal pañuelo para liárselo á la cabeza; pero en cambio había desertado con armas y bagajes, lo cual quiere decir que llevaba consigo su bonete cuadrado y su toga encarnada, y dormía *bajo la púrpura* á mi lado. Alegre, buen músico y dotado de una voz hermosa, se sentaba en cueros sobre el catre siempre que estábamos desvelados, se ponía su bonete y cantaba romanzas, acompañándose con una guitarra que solo tenía tres cuerdas. Una noche que el pobre estaba entonando así el *Himno á Venus*, de Metastasio, *Scendi propizia*, cogió un aire colado que lo dejó con la boca torcida y lo llevó al otro mundo, aunque no de pronto, porque yo acudí solícito y le di friegas en las mejillas. Solíamos celebrar consejos en nuestro desvan, donde platicábamos de política y nos ocupábamos con los chismes de la emigración. Por la noche íbamos á bailar á casa de nuestras tías y primas, terminada ya su tarea de coser cintajos y hacer sombreros.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

FIESTA Suntuosa.—FIN DE MIS CUARENTA ESCUDOS.—NUEVA MISERIA.—MESA REDONDA.—OBISPO.—COMIDA EN LONDON-TAVERN.—MANUSCRITO DE CAMDEN.

Los que vayan leyendo esta parte de mis *Memorias* no habrán podido notar dos interrupciones que han sufrido: una para ofrecer un gran banquete al duque

de York, hermano del rey de Inglaterra; otra para celebrar con una fiesta el aniversario de la vuelta del rey á París, en 8 de julio. Esta última función me ha costado cuarenta mil francos. Los pares del imperio británico, con sus esposas, los embajadores y los extranjeros de distinción, acudieron á llenar mis salones, magníficamente alhajados. En mis mesas abundaban los mas delicados manjares, vinos y flores, en medio del fulgurante resplandor de los cristales de Londres y del oro de las porcelanas de Sevres. Portland-Place estaba obstruido con brillantes carruajes. Collinet y la música de Almack's distraían la melancolía *fashionable* de los *dandys* y las elegantes meditaciones de las *lady's* que bailaban con aspect-pensativo. Allí se habían concedido treguas la oposición y la mayoría ministerial: lady Canning conservaba con lord Londonderry, y lady Jersey con el duque de Wellington. *Monsieur*, que este año me ha enviado una felicitación por mi suntuosidad de 1822, ignoraba en 1793 que no lejos de él existía un futuro ministro, el cual, interin se realizase tanta grandeza, ayunaba encima de un cementerio por el pecado de su fidelidad. Hoy me doy el parabien de haber estado á pique de naufragar, de haber entrevisto la guerra y compartido los padecimientos de las clases mas humildes de la sociedad, así como me felicito por haber sido blanco en mis tiempos de prosperidad, de la injusticia y de la calumnia. De estas lecciones he sacado buen partido; sin los males que la hacen tan grave, sería la vida un juguete de niño.

En el tiempo de que voy hablando, era yo el hombre de los cuarenta escudos; mas como todavía no se hallaba establecida la nivelación de fortunas, ni habían bajado de precio los géneros de consumo, mi bolsa no encontró contrapeso, y se desocupó en breve. Erame imposible contar con nuevos socorros de mi familia, expuesta en Bretaña al doble azote de los *chuanes* y del *terror*, y en mi porvenir solo se me presentaban el hospital ó el Támesis.

Algunos sirvientes de los emigrados, los cuales ya no podían darles de comer, se habían convertido en fondistas para dar de comer á sus amos. ¡Solo Dios sabe lo que allí se devoraba y cómo se hablaba de política! Todas las victorias de la república se convertían en derrotas, y el que tenía la desgracia de no creer en la proximidad de la restauración, era declarado jacobino. Dos obispos decrépitos, cuyo rostro se daba ya cierto aire al de la muerte, paseaban aquella primavera por el parque de Saint-James.—«Monseñor, decía uno de ellos: ¿pensais que estemos en Francia para el mes de junio?—¡Pchel monseñor, respondía el otro despues de una madura meditación; no me ocurre ningún inconveniente.»

Pelletier, el hombre de los recursos, me desenterró, ó por mejor decir, me descolgó de mi nido. Había leído en un periódico de Yarmouth, que cierta sociedad de anticuarios iba á ocuparse en escribir la historia del condado de Suffolk, y que necesitaba de un francés capaz de descifrar los manuscritos franceses del siglo XII, incluso en la colección de Camden. A la cabeza de esta empresa se hallaba el *parson* ó párroco de Beceles, y con él había que entenderse.—«Aquí está lo que os hacia falta, me dijo Pelletier; id allá, descifrad esos mamotretos, continuad enviando á Baylie original del *Ensayo*; yo obligaré á ese menguado á que prosiga la impresión; al cabo de algun tiempo volvereis á Londres con doscientas guineas, y rueda la bola.»

Quise aventurar algunas objeciones.—«¡Voto al Draque! exclamó mi protector; ¿preferís quedaros en este *palacio*, donde hace un frío que ya me va calando los huesos? ¡Cierito que si Rivarol, Champcenet, Mirabeau-Tonneau y yo hubiéramos andado con reptigos, habríamos hecho negocio con las *Actas de los Apóstoles*! ¡Sabeis que la historia de Hingant mete un

ruido de todos los demonios? ¿Con qué queríais dejaros morir de hambre? ¡Ja, ja, ja! ¡Puff...! ¡Ja, ja!...» Y Pelletier, doblado el cuerpo, tenía que apoyarse en las rodillas para no caerse de risa. Acababa de colocar cien ejemplares de su periódico en las Colonias; había cobrado su importe, y golpeaba con orgullo sus guineas en el bolsillo. De grado ó por fuerza, me llevó á comer á *London-Tavern*, con el apoplético La-Bouetardais y otros dos andrajosos emigrados, á quienes encontré en el camino. Diónos vino de Oporto, rotheaf y plumpudding, hasta hartarnos.—«¿Qué os ha pasado, señor conde, decía á mi primo, que tenéis la boca tuerta?» La-Bouetardais, entre corrido y alegre, explicaba el lance lo mejor que podía, diciendo cómo había cogido un aire cantando estas palabras: ¡oh *bella Venere!* y al tararear su *bella Venere*, ponía mi pobre paralítico una cara tan apagada, tan consumida por el frío, tan llena de miseria, que Pelletier se caía redondo, y por poco no derribó la mesa de dos punta-pies que le dió por debajo.

Luego que reflexioné, no me pareció tan desacertado el consejo de mi compatriota, propio personaje de mi otro compatriota Le-Sage. Despues de tres días de informes, partí para Beceles, vestido de nuevo por el sastre de Pelletier, y provisto de algun dinero que me dió Debole, habiéndome yo obligado á continuar el *Ensayo*. Como ningún inglés podía pronunciar mi nombre, lo cambié por el de *Comboung*, título que había usado mi hermano, y que me recordaba las penas y los placeres de mi primera juventud. No bien me apeé en la posada, presenté al párroco del pueblo una carta de Debole, persona muy apreciada en la librería inglesa, y el cual me recomendaba como un sabio de primer órden. Recibido perfectamente en Beceles, visité todos los *gentlemen* del canton, y hablé con dos oficiales de nuestra armada, que daban lecciones de francés en las cercanías.

Londres, de abril á setiembre de 1822.

MIS OCUPACIONES EN PROVINCIA.—MUERTE DE MI HERMANO.—DESGRACIAS DE MI FAMILIA.—DOS FRANCIAS.—CARTAS DE HINGANT.

Con las excursiones que empecé á hacer á caballo recobré algunas fuerzas, y se restableció un poco mi salud. La Inglaterra, vista así al pormenor, era triste, pero me hechizaba: en todas partes se me ofrecían los mismos objetos y los mismos paisajes. El estudio enriqueció principalmente mis pesares: bien hacia Ciceron en recomendar el comercio de las letras en las adicciones de la vida. Las mujeres estaban contentísimas con haber encontrado un francés á quien hablar en su lengua.

Las desventuras de mi familia, que supe por los periódicos, me obligaron á descubrir mi verdadero nombre (pues me fue imposible ocultar mi dolor), y aumentaron el interés de aquella gente en favor mio. Los papeles públicos anunciaron la muerte de Mr. de Malesherbes, la de su hija, la Sra. de Rosambo; la de su nieta, la señora condesa de Chateaubriand, y la del conde de Chateaubriand, esposo de esta y hermano mio, inmolados juntos el mismo día, á la misma hora y en el mismo cadalso; Mr. de Malesherbes era un objeto de veneración para los ingleses, y mi alianza con el defensor de Luis XVI hizo subir de punto la benevolencia con que me trataban mis huéspedes.

Por Mr. de Bedée supe las persecuciones que sufrían mis demás parientes. Mi anciana é incomparable madre se había visto precisada á subir á una carreta con otras víctimas, y á pasar desde el fondo de Bretaña á los calabozos de París, para compartir la suerte de aquel hijo á quien tanto había amado. Mi esposa y mi hermana Lucila aguardaban su sentencia en los calabozos de Rennes, desde los cuales se pensó tras-

ladarlas al castillo de Combourg, convertido en fortaleza del Estado, culpándose á su inocencia por el crimen de mi emigración. ¿Qué valían nuestras adicciones en tierra extraña, comparadas con las de los franceses que residían en su patria? Y sin embargo, ¡qué desgracia no era saber, en medio de los padecimientos del destierro, que aquel destierro mismo servía de pretexto para perseguir á nuestros allegados!

La sortija que recibí en arras mi cuñada cuando se casó, fue hallada hace dos años en medio del arroyo de la calle Cassette. Estaba rota cuando me la llevaron, y sus dos arillos pendían abiertos y enlazados uno con otro; pero aun se leían perfectamente los nombres en ellos grabados. ¿Cómo pareció esta sortija? ¿En qué sitio y época se perdió? ¿Pasó la víctima, que estaba presa en el Luxemburgo, por la calle Cassette al marchar al suplicio? ¿Dejó caer el anillo desde la carreta, ó se lo quitaron del dedo despues de la ejecución? El aspecto de aquel símbolo, que por su quebradura y su inscripción evocaba en mi mente tan crueles recuerdos, me estremeció en extremo. Parecía que mi cuñada me lo enviaba misteriosa y fatídicamente desde la morada de los muertos, en memoria suya y de su hermana. ¡Ojalá que no sea fatal para su hijo, á quien se lo he enviado!

Cher orphelin, image de ta mère,
au ciel pour toi je demande ici-bas
les jours heureux retranchés á ton pere
et les enfans que ton oncle n'o pas.

«Huérfano amado, imagen de tu madre,
¡ojalá guarde el cielo para tí
la dulce vida que negó á tu padre,
la tierna prole que me niega á mí!»

Esta mala cuarteta forma con otras dos ó tres el único regalo de bodas que pude hacer á mi sobrino en la época de su enlace.

Otro monumento me queda tambien de aquellas desgracias. Véase lo que me ha escrito Mr. de Contencin, el cual encontró en los archivos de París la órden expedida por el tribunal revolucionario para que mi hermano y su familia fuesen al cadalso:

«Señor vizconde: Es una especie de crueldad el resucitar en un alma que ha padecido mucho el recuerdo de las desgracias que mas dolorosamente la afectaron. Esta idea me ha hecho vacilar algun tiempo antes de ofreceros un documento harto triste que durante mis indagaciones históricas he encontrado. Es una fe de difunto, firmada antes de la muerte por un hombre que se mostró tan implacable como ella, siempre que encontraba reunidos en una sola cabeza el mérito y la virtud.

«Desearé, señor vizconde, no causaros un excesivo disgusto al añadir á los archivos de vuestra familia un título que despierta tan crueles memorias. Suponiendo que tendria interés para vos, puesto que para mí tenía subido precio, me he resuelto por fin á enviároslo. Si no he obrado indiscretamente, me daré un doble parabien, puesto que hoy me ofrece este paso la ocasion de expresar los sentimientos de profundo respeto y de admiración sincera que hace mucho tiempo me habeis inspirado, y con los cuales soy, señor vizconde, vuestro humilde y obediente servidor.»

A. DE CONTENCIN.

»Palacio de la prefectura del Sena.
»París 23 de marzo de 1835.»

He aquí mi contestación á esta carta:

«Muy señor mio: A petición mia se habían ya buscado en la Santa Capilla las piezas del proceso de mi infeliz hermano y de su esposa; pero no estaba entre ellas la *órden* que vos habeis tenido la bondad de

enviarme. Ella y otras muchas habrán sido ya presentadas con sus borrones y sus nombres estropeados ante el tribunal de Dios, donde le habrá sido forzoso á Fouquier reconocer su firma. ¡Esos son los tiempos que hoy se echan de menos, y sobre los cuales se escriben tomos enteros de admiración! Por lo demás, la suerte de mi hermano me causa envidia, que al fin salió hace largos años de este triste mundo. Os doy infinitas gracias por la estimación que me manifestais en vuestra noble y hermosa carta, y ruégoos que creais en la sinceridad de mi distinguida consideración, con la cual tengo el honor de ser, etc.»

La órden de muerte citada es especialmente notable porque prueba la ligereza con que entonces se ajusticiaba: hay nombres con la ortografía equivocada, y otros están completamente borrados. Estos vicios de forma, que bastarían para invalidar la sentencia mas insignificante, no detuvieron á los verdugos: solo se fijaban sus pensamientos en la puntualidad de la ejecución: *á las cinco en punto.*

El documento auténtico es este; lo copio letra por letra:

EJECUCION DE SENTENCIAS CRIMINALES.

Tribunal revolucionario.

«El ejecutor de las sentencias criminales acudirá con puntualidad á la casa de justicia de la Conserjería, para llevar á efecto la que condena á Mousset, d'Espréménil, Chapelier, Touret, Hell, Lamoignon, Malsherbess, la mujer de Lepelletier Rosambo, Chateau Brian y su mujer (el nombre propio está borrado y no se puede leer), la viuda Duchatel, la mujer de Grammont, exduque, la mujer de Rochechouart (Rochechouart) y Parmentier, total 14, á la pena de muerte. La ejecución tendrá lugar hoy á las cinco en punto, en la plaza de la Revolución de esta capital.

»El acusador público, H. Q. FOUQUIER.

»Dado en el tribunal, á 3 de floreal del año segundo de la república francesa.

»Dos carretas.»

Las ocurrencias del 9 de thermidor salvaron á mi madre, la cual quedó, sin embargo, olvidada en la Conserjería, en donde la encontró el comisario convencional. — «¿Qué haces ahí, ciudadana? le dijo: ¿Quién eres? ¿Por qué no te has ido?» Mi madre contestó que habiendo perdido á su hijo, no pedía noticias de nada, y que la era indiferente morir allí ó en cualquiera otra parte. — «Pero acaso tendrás otros hijos,» replicó el comisario. Entonces nombró mi madre á mi esposa y mis hermanas, presas en Rennes. Dióse órden para ponerlas en libertad, y se obligó mi madre á salir de su calabozo.

En ninguna historia de la revolución se ha cuidado de poner el cuadro de la Francia exterior junto al de la Francia interior; de pintar aquella gran colonia de desterrados, que iban variando de industria y de padecimientos segun variaban los climas y las costumbres de los diversos pueblos á que se acogían.

Fuera de Francia, todo se hacia por individuos; metamorfosis de profesiones, aficciones oscuras, sacrificios sin ruido y sin recompensa: una idea fija se destacaba, sin embargo, de esta confusión de individuos de todas clases, de todas edades y de todos sexos; la de la antigua Francia, viajando con sus preocupaciones y con sus leales, como en otro tiempo la iglesia de Dios, errante sobre la tierra con sus virtudes y con sus mártires.

Dentro de Francia consumábase todo por masas; Barrère anunciaba á un tiempo degüellos y conquistas, guerras civiles y guerras extranjeras, y á la par ocurrían los combates gigantescos de la Vendée y los de las orillas del Rhin; se derrocaban los tronos al estruendo de los pasos de nuestro ejército; se hundían nuestras escuadras en los mares; el pueblo desenterraba á los monarcas en San Dionisio, y arrojaba el polvo de los reyes muertos al rostro de los reyes vivos para cegarlos; y la nueva Francia enaltecida con sus modernas libertades y orgullosa hasta con sus crímenes, se asentaba en su propio terreno é iba ensanchando sus fronteras, doblemente armada con el hacha del verdugo y la espada del soldado.

En medio de mis pesadumbres de familia, llegaron á tranquilizarme acerca de la suerte de Hingant algunas cartas suyas notables por mas de un concepto. En setiembre de 1795 me escribia lo siguiente: «Vuestra carta de 23 de agosto está llena de tierna sensibilidad. Se la he enseñado á algunas personas, y les ha hecho llorar. Tentaciones tenia de decirles lo que Diderot de J. J. Rousseau cuando fue este á visitarlo en su encierro de Vincennes: *¡Mirad cómo me quieren mis amigos!* Mi enfermedad no ha sido realmente mas que una de esas calenturas nerviosas que hacen padecer mucho y que no tienen mejores médicos que el tiempo y la paciencia. Estando en cama me entretenía en leer algunos extractos de Fedon y de Timeo, libros que abren las ganas de morir. Algunas voces decia como Caton:

«It must be so Plato! Thou reason'st vell!

»Forjábame ideas sobre mi viaje, como pudiera sobre otro á las Indias Orientales, y pensaba en la multitud de objetos nuevos que debía ver en aquel mundo de los espíritus (segun lo llama Swedenborg), y sobre todo en que el camino estaria exento de fatigas y de peligros.»

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

CARLOTA.

A cuatro leguas de Beccles, y en una población pequeña, llamada Bungay, vivia el reverendo ministro anglicano, Mr. Ives, gran helenista y matemático. Tenia una esposa jóven todavía, y encantadora por su rostro, su conversacion y sus modales, y una hija única, que á la sazón contaba quince años.

Me presentaron en su casa, y fui recibido por aquella familia mejor que por ninguna otra de la población; todavía se conservaban allí las antiguas tradiciones inglesas respecto á beber, y se pasaban dos horas de sobremesa despues de retirarse las mujeres. Mr. Ives, que habia estado en América, gustaba de referir sus viajes, de oír la relación de los míos y de hablar de Newton y de Homero. Su hija, que por agradarle habia adquirido una vasta erudición, era ademas excelente profesora de música, y cantaba como hoy canta Mad. Pasta. A la hora de tomar el té volvia á presentarse en el comedor, y deleitaba con sus armonías el sueño del anciano ministro: yo la escuchaba silenciosamente, apoyado en una esquina del piano.

Concluida la música, solia la *Young Lady* interrogarme acerca de Francia y de la literatura, y me pedía planes á que arreglar sus estudios: deseando particularmente conocer los autores italianos, me suplicó le diese algunas notas sobre la *Divina Comedia* y la *Gierusalemme*. Poco á poco fui sintiendo la tímida influencia de un afecto, nacido todo del alma; á las florideñas las ayudaba en su tocado; pero estian-

do con miss Ives, no me hubiera atrevido siquiera á levantar del suelo un guante suyo, y hasta me costaba rubor el traducir con ella algun trozo del Tasso; con Dante, genio casto y varonil, me hallaba mas á gusto.

Mi edad y la de Carlota Ives concordaban entre sí. En todas las relaciones que se forman á la mitad de la vida entra siempre una parte de melancolía; si no data el conocimiento desde los primeros años, los recuerdos de la persona amada se desprenden de aquellos dias en que se respiró sin conocerla; dias que, perteneciendo á otra sociedad, causan dolor á la me-

moria y están como segregados de nuestra existencia. Y si á esto se añade alguna desproporción de edad, entonces crecen los inconvenientes: el mas viejo comenzó á vivir antes que el mas jóven viniera al mundo, y este se halla destinado á existir solo tambien; el uno atravesó una soledad mas acá de una cuna; el otro atravesará otra mas allá de la tumba; lo pasado fue un desierto para el primero, y lo porvenir le será para el segundo. Es muy difícil amar con todas las condiciones de suerte, juventud, belleza, oportunidad y armonía de corazón, de afecciones, de carácter, de gracias y de años.



CHATEAUBRIAND CON MISS CARLOTA IVES.

De resultas de haberme caído de un caballo, durante aquel invierno pasé una temporada en casa de Mr. Ives. Los sueños de mi vida comenzaron á desvanecerse ante la realidad. Miss Ives se fue haciendo cada vez mas reservada, cesó de llevarme flores, y no volvió á cantar.

Si me hubiesen dicho que habia de pasar el resto de mi vida en la mayor oscuridad y en el seno de aquella solitaria familia, me habria muerto de gozo: al amor solo le falta la estabilidad para ser al mismo tiempo el Eden antes del pecado y el Hosanna sin fin. Lógrese que dure la belleza, que se conserve la juventud, que el corazón no pueda cansarse, y se reproducirá el cielo. Tan cierto es que en el amor se

encierra la felicidad soberana, cuanto que su quimera es el vivir eternamente; no pronuncia juramentos que no sean en la intención revocables; á falta de sus goces, quiere eternizar sus dolores; ángel caído, habla todavía el idioma á que estaba acostumbrado en la morada incorruptible; sus esperanzas se cifran en no cesar jamás; y en medio de su naturaleza y de su doble ilusión terrena pretende perpetuarse con inmortales pensamientos y con generaciones interminables.

Ibase acercando, con gran consternación mia, el momento de despedirme. La vispera del día señalado para mi marcha reinó gran tristeza en la comida. Mr. Ives se retiró á los postres, llevándose

á su hija, y dejándome lleno de asombro con Lad. Ives, la cual daba visibles muestras de turbación. Creí que iría á reconvenirme por una inclinación de que yo no le habia dicho una palabra, pero que ella podia fácilmente haber descubierto. Mirábame ruborizada y con los ojos bajos, en actitud tan seductora, que seguramente no existió ningun sentimiento que en aquel instante no hubiera podido ella reclamar para sí misma. Venciendo por fin el obstáculo que le impedía el habla:—«Caballero, me dijo en inglés: ya veis mi confusión; no sé si Carlota os agrada; pero es imposible engañar á una madre; mi hija os tiene indudablemente cariño. Mr. Ives y yo hemos conferenciado sobre esto; nos convenis por todos conceptos, y creemos que hareis feliz á nuestra hija. Os hallais sin patria, acabais de perder vuestros parientes, y han sido vendidos vuestros bienes; ningun motivo, pues, os llama á Francia. Hasta tanto que recojais nuestra herencia, podreis vivir con nosotros.»

De cuantas aficciones habia yo sufrido hasta entonces, aquella fue la mayor y la mas viva. Caí de rodillas á los piés de Lad. Ives, y cubrí sus manos de besos y lágrimas. Creyendo ella que mi llanto era de júbilo, empezó tambien á sollozar de gozo, y alargó el brazo para tirar de la campanilla. Ya llamaba á voces á su esposo y á su hija.—«¡Deteneos, exclamé; estoy casado!» A estas palabras perdió el sentido.

Sali de la estancia, y sin volver siquiera á mi cuarto, emprendí mi viaje á pié. En Beccles tomé el correo para Londres, despues de escribir á Lad. Ives una carta, de la cual siento ahora no haber guardado copia.

Quédame de este suceso el recuerdo mas dulce, mas tierno, mas impregnado en sentimientos de gratitud. La familia de Mr. Ives es la única que me ha querido bien, y que me ha acogido con verdadero afecto antes de mi celebridad. Pobre, oscuro, proscripto, privado de seducciones y de belleza, se me ofrecieron de pronto un porvenir seguro, una patria, una esposa encantadora que me sacase de mi aislamiento; una madre, casi tan hermosa como ella, que hiciera las veces de mi anciana madre; un padre instruido, afectuoso y amigo de las letras, para reemplazar al padre de que me habia privado el cielo. ¿Y con qué compensaba yo todo esto? En la preferencia que se me otorgaba no podia influir ilusión ninguna, y debo creer que la dictaba el amor. Desde entonces solo otra vez he sido objeto de un afecto bastante elevado para inspirarme igual confianza. Por lo que hace al interés con que al parecer se me ha mirado luego, nunca he podido averiguar si se fundaba ó no en el barniz de causas externas, en el atronador extruendo de la fama, la prestada pompa de los partidos, ó el brillo propio de toda alta posición, política ó literaria.

Pasando ahora á otras consideraciones, mi matrimonio con Carlota hubiera alterado completamente mi destino en el mundo: perdido en un condado de la Gran-Bretaña, hubiérame convertido en un *gentleman* cazador, nunca habria brotado una sola palabra de mi pluma, y hasta se me hubiera olvidado mi lengua, porque á la sazón escribía yo en inglés, y con forma inglesa comenzaban las ideas á presentarse en mi mente. ¿Hubiera perdido mucho mi patria con mi desaparición? Si me fuera dable prescindir de los momentos que me han servido de consuelo, diría que en lugar de los dias agitados que me han cabido en suerte, contaría hoy numerosos dias de calma. ¿Qué me importaran entonces el imperio, la restauración, las divisiones y las luchas de Francia? Nadie me hubiera obligado una y otra mañana á paliar faltas, á combatir errores... ¿Será ó no cierto que tengo un talento positivo, y que he merecido este talento el sacrificio de mi vida? ¿Iré mas allá de mi tumba? Y si voy, ¿habrá en medio de la

transformación que se está verificando, y en un mundo que no es el mio y que piensa en cosas harto distintas, habrá en ese mundo un público que me oiga? ¿No pasará por un hombre de otros siglos, incomprendible para las generaciones presentes? ¿No serán mis ideas, mis sentimientos y hasta mi estilo cosas cansadas y envejecidas para la desdeñosa posteridad? ¿Podrá mi sombra decir, como la de Virgilio á Dante: *Poeta fui et cantai*, «fui poeta y canté?...»

VUELTA Á LONDRES.

No encontré mi perdida tranquilidad en Londres, adonde volví prófugo de mi destino, como un malhechor de su crimen. ¡Cuán dolorosa debia haber sido para una familia tan digna de mis homenajes, de mi respeto y de mi gratitud, el recibir aquella especie de desaire del hombre desconocido á quien habia ella acogido y franqueado nuevos hogares, con una sencillez y una falta de recelo y precauciones, propias solo de las costumbres patriarcales! Figurábame la pesadumbre de Carlota y las justas reconveniones que su familia podia y debia dirigirme; porque yo, en suma, me habia abandonado con cierto deleite á una inclinación de cuya insuperable ilegitimidad estaba convencido. ¿Traté por ventura, vagamente, de llevar á cabo una seducción, sin darme cuenta de mi vituperable conducta? En este caso, ya fuera que me detuviese, como lo hice, por no faltar á la honradez, ya que salvara el obstáculo para abandonarme á una propensión anticipadamente mancillada por mi conducta, el objeto de aquella seducción estaba predestinado al dolor ó al arrepentimiento, solo por mi culpa.

De tan amargas reflexiones pasaba mi espíritu á otro orden de ideas, no menos llenas de amargura, y maldecía mis bodas, que segun la falsa luz de mi entendimiento, muy enfermo á la sazón, me habian apartado de mi verdadero camino y me privaban de la felicidad. No advertía que, por razon de mi naturaleza irritable y de las novelescas nociones de libertad que profesaba, mi enlace con Miss Ives hubiera sido para mí tan penoso como cualquier otra union mas independiente.

Una sola cosa se conservaba pura y hechicera, aunque triste, en mi mente: la imagen de Carlota, la cual siempre calmaba al fin mi irritación contra la suerte. Cien veces tuve impulsos de volver á Bungay, no para presentarme á aquella afligida familia, sino para ver pasar á Carlota, escondido junto á un camino; para seguirla al templo en que adorábamos al mismo Dios, ya que no en el mismo altar; para ofrecer á aquella mujer el indescriptible ardor de mis votos, haciéndolos atravesar el cielo; para pronunciar, mentalmente al menos, la plegaria de la bendición nupcial que hubiera yo podido oír de boca de algun ministro de aquel templo.

«¡Oh, Dios mio! unid, si os place, los espíritus de estos esposos é inspirad á sus corazones una sincera amistad. Mirad con favorables ojos á vuestra sierva; haced que su yugo sea un yugo de amor y de paz, y que obtenga en su seno una fecundidad venturosa; haced, Señor, que estos dos esposos vean los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generación, y que alcancen una ancianidad feliz.»

Pasando de resolución en resolución, escribí á Carlota largas epístolas, que desgarré en seguida. Algunas esquelas insignificantes suyas me servian de talisman: la tierna y graciosa Carlota se apegaba á mis pasos por obra de mi pensamiento, y me seguía, purificándolos, por los senderos de la sílfide. Ella absorbía todas mis facultades; ella era el centro á que tendía y por donde circulaba mi inteligencia, como la sangre por el corazón; ella me hastiaba de todo, sirviéndome de objeto de una comparación perpetua que redundaba en ventaja suya. Una pasión verdadera é infeliz es una

ponzoñosa levadura que queda en el fondo del alma, y que bastaria para dañar el pan de los ángeles.

Los sitios que con Carlota habia recorrido; las horas pasadas con ella; las palabras que entre nosotros habian mediado, vivian eternamente en mi memoria: parecíame ver la sonrisa de aquella esposa que el destino quiso depararme, y ora tocaba respetuosamente sus negros cabellos, ora oprimia sus mórbidos brazos contra mi pecho, como una cadena de lirios ceñida á mi cuello. No bien llegaba á un sitio desierto, cuando la Carlota de blancas manos acudia á ponerse á mi lado, adivinando yo su presencia, como por la noche se respira el perfume de las flores, aunque no las distingue la vista.

Privado de la compañía de Hingant, hallábame en completa libertad de llevar la imagen de Carlota á mis paseos, mas solitarios que nunca. No liay un matorral, un camino ni una iglesia á treinta millas de Londres, que no haya yo visitado. Los sitios mas incultos, cualquier erial de ortigas, cualquier zanja cubierta de cardos, cualquier lugar desdeñado de los hombres, eran mis sitios predilectos; en ellos respiraba ya Byron. Apoyada la cabeza en una mano, pasaba las horas contemplando aquellos lugares de todos despreciados, y si su aspecto alíctivo me conmovia con exceso, alzábame en mi mente el recuerdo de Carlota y me llenaba de delicias, cuales las de aquel peregrino que al llegar frente á los peñascos del Sinaí oyó el canto de un ruiseñor en medio de las soledades.

En Londres estaban todos asombrados con mi conducta; no miraba ni hablaba con nadie, ni entendía lo que me decian; mis camaradas antiguos creyeron que tenia una especie de locura.

ENCUENTRO EXTRAORDINARIO.

¿Qué pasó en Bungay despues de mi partida? ¿Qué fue de aquella familia á cuyo seno llevé yo el júbilo y la tristeza?

Recuerde, por supuesto, el lector, que soy embajador cerca de Jorge IV, y que escribo en Londres, en 1822, lo que me sucedia en Londres en 1795.

Algunos negocios me forzaron hace ocho dias á suspender la narración que hoy continúo. Durante este intervalo, llegó mi ayuda de cámara cierta mañana, entre doce y una, á anunciarme que se habia parado un carruaje á la puerta, y que una señora inglesa solicitaba hablarme. Como en virtud de mi posición pública me he impuesto el deber de no negarme á nadie, respondí que podia pasar adelante aquella señora.

Hallábame á la sazón en mi gabinete; anuncian á lady Sulton, y veo entrar una mujer vestida de luto, acompañada de dos agraciados muchachos, de luto tambien; el uno podia tener diez y seis años y el otro catorce. Notando que la desconocida estaba tan conmovida que apenas podia andar, me acerqué á ella; entonces me dijo con voz alterada:—«*My lord, do you remember me?* (¿Me conocéis?) ¡Si, conocí á miss Ives! Los años, al pasar sobre su cabeza, la habian dejado solo sus primaveras. La tomé por la mano, hice la sentarse, y me coloqué á su lado; no acertaba á decirle una palabra; mis ojos estaban cargados de lágrimas, al través de las cuales la contemplaba silenciosamente: por lo que entonces sentí, conocí que la habia amado profundamente. Por fin pude preguntarla como ella antes á mí:—«¿Y vos, me conocéis?» Alzó entonces los ojos, que tenia fijos en el suelo, y me dirigió una mirada risueña y melancólica á la par, como un intenso recuerdo. Su mano seguía sujeta entre las mias. Luego me dijo Carlota:—«Llevo el luto de mi madre; mi padre murió hace muchos años; estos son mis hijos.» Y al pronunciar las últimas palabras, retiró su mano y se recostó en su sillón, cubriéndose los ojos con su pañuelo.

Poco despues prosiguió:—«Milord, ahora os hablo en el idioma que quise aprender con vos en Bungay. Perdonad mi confusión. Mis dos niños son hijos del almirante Sulton, con quien me casé tres años despues que salisteis de Inglaterra. Pero hoy no tengo las fuerzas necesarias para entrar en pormenores. Permittedme que vuelva otro dia.» Le pedí sus señas, ofreciéndole el brazo para acompañarla hasta su carruaje; noté que temblaba, y estreché su mano sobre mi corazón.

Al otro dia fui á casa de lady Sulton, á quien encontré sola. Entonces comenzó esa serie de *Jos acordais?* que dan nuevo ser á toda una vida. Al pronunciar cada *Jos acordais?* nos mirábamos como buscando en nuestro rostro las huellas del tiempo que tan cruelmente marcan la distancia del punto de partida y el camino recorrido.—«¿Cómo, pregunté á Carlota; cómo os anunció vuestra madre?...» Ruborizóse ella, y me atajó vivamente, diciendo:—«He venido á Londres para suplicaros que os intereseis por los hijos del almirante Sulton; el mayor desearia pasar á Bombay, y como Mr. Canning, nuevo gobernador de las Indias, es amigo vuestro, pudiera llevarlo consigo. Mucho os lo agradecería; tendria gusto en deberos la felicidad de mi primer hijo.» Y recaló estas últimas palabras.

—«¡Ah señora! le respondí. ¿Qué me recordais? ¿Qué trastorno en nuestra suerte! ¿Vos que acogisteis en la mesa hospitalaria de vuestro padre á un pobre desterrado, que no mirásteis con desden sus padecimientos, que tal vez pensásteis en elevarlo hasta una posición gloriosa é inesperada, vos reclamais hoy su protección en vuestro propio país?... Veré á Mr. Canning, y vuestro hijo, por mucho que me cueste darle este nombre, irá á las Indias, si de mí depende. Pero, decidme, señora; ¿qué efectos obra sobre vos mi nueva posición, ó cómo me mirais? La palabra *milord* de que os valeis para hablarme me parece harto dura.»

—«Ni os encuentro desfigurado, replicó Carlota, ni siquiera mas envejecido. Siempre que hablé de vos con mis padres, durante vuestra ausencia, os di el título de *milord*, porque creia que debíais llevarlo; ¿y no erais para mí como un marido, *my lord and master*, mi señor y dueño?» Aquella encantadora mujer tenia algo de la Eva de Milton al pronunciar estas palabras; no habia salido del vientre de otra mortal, y su belleza conservaba la impresión de la mano divina que la formara.

De allí corrí á casa de Mr. Canning y de lord Londonderry, los cuales me opusieron dificultades para un mezquino empleo, ni mas ni menos que en Francia; pero me hicieron promesas, como en todas las córtes. Dí cuenta de mi visita á lady Sulton, y volví tres veces á verla; á la cuarta me anunció que iba á regresar á Bungay. Esta última entrevista fue muy dolorosa para mí. Carlota me habló, como acostumbraba, de lo pasado, de nuestra vida secreta, nuestras lecturas, paseos y cantos, de las flores y de las esperanzas antiguas.—«Cuando yo os conocí, decia, nadie pronunciaba vuestro nombre: ¿quién lo ignora hoy? ¿Sabeis que poseo una obra y varias cartas escritas por vuestra mano? Aquí están.» Y me entregó un paquete de papeles.—«No os agraviéis porque no quiero conservar nada vuestro,» añadió llorando. «*Farewell, farewell!* exclamó luego; no os olvideis de mi hijo. Nunca os volveré á ver, porque seguramente no ireis á buscarme á Bungay.—Iré, respondí; iré á llevaros el despacho de vuestro hijo.» Carlota meneó la cabeza como dudándolo, y se retiró.

De vuelta en la embajada, me encerré en mi cuarto y abrí el paquete, el cual solo contenia algunas cartas insignificantes y un plan de estudios, con observaciones sobre los poetas ingleses é italianos. Esperaba yo que acompañase á estos papeles una carta de Carlota, pero no la hallé; habia únicamen-